

cado, cual es una instrucción dulce, ó una reprehensión caritativa y moderada.

El primer grado de la paciencia es sufrir caritativamente las humillaciones, aún cuando cueste alguna violencia. El segundo es no abrigar resentimientos, y el tercero considerarlas como alabanzas. Yo ví en una ocasión á tres solitarios que recibieron á la vez una misma ofensa. El primero se sintió herido por ella, pero guardó silencio, porque temía la justicia de Dios. El segundo se manifestó regocijado, porque esperaba que Dios le recompensase, y el tercero se afligió mucho, no por sí, sino por el que le había hecho el ultraje, porque se hallaba animado de verdadera caridad para con el prójimo. He notado en algunas personas una cosa verdaderamente deplorable, y que procedía de una secreta vanidad, y es encolerizarse por haberse encolerizado. De esta manera castigaban su primera falta con otra no ménos lamentable. Atemos, pues, la cólera, como se ata á un tirano furioso con las cadenas de la dulzura: castiguémosla duramente con la vara de la penitencia, y venzámosla con los lazos del santo amor.

GRADO IX

Dice san Juan Clímaco acerca del recuerdo de las injurias, que forma el noveno grado, que es la consumación de la cólera, y que fomenta los pecados en el alma; que es el odio de la justicia, la ruina de las virtudes, y un veneno que emponzoña el corazón. Es un motivo de confusión para el que ora, y un obstáculo perpetuo á las súplicas que eleva al Señor. Es un ojo de iniquidad que jamás duerme, una malicia que se renueva incesantemente, un pecado continuo.

Un anacoreta que fomenta en su alma el recuerdo de las injurias, es en su celda como un aspid en su agujero,

y que lleva por todas partes el veneno de que se halla lleno. El que quiera recordar injurias, entreténgase en recordar las que el demonio le ha inferido, y el que quiera vengarse de ellas, vénguese de su propio cuerpo.

La oración que Jesucristo nos ha enseñado debe cubrir de vergüenza á los que se acuerdan de las injurias, pues no podemos repetirla con su propio espíritu, si conservamos este pernicioso recuerdo. La consideración de los sufrimientos de Jesucristo puede curar del recuerdo de las injurias á un alma, por la extrema confusión que debe producirle este ejemplo de paciencia, que tan evidentemente contrasta con su impaciencia. El olvido de las injurias es la señal de una verdadera penitencia; pero el que conserva animosidad y cree tener espíritu de penitencia, se parece á un hombre que cree correr, cuando lo que hace es soñar que corre.

Muchos han abrazado con ardor grandes trabajos para merecer la remisión de sus culpas; pero el que olvida las injurias que se le han hecho, no tardará en obtener esta gracia: pues es una verdad innegable, que el que prontamente perdona obtendrá abundante perdón, como enseña Jesucristo en el santo Evangelio.

GRADOS X, XI Y XII

Habla el Santo en estos grados de la maledicencia, del silencio y de la mentira.

1º Hablando, en primer lugar, de la maledicencia, la llama una sanguijuela oculta en el alma, que saca de ella toda la sangre de la caridad, una corrupción del corazón, y un peso que agobia la conciencia. En una ocasión, dice, oí á unas personas que murmuraban del prójimo: quise reprenderlas, pero me contestaron, que lo hacian

por amor de aquel mismo de quién tan desventajosamente hablaban. Yo les repliqué : si lo amais verdaderamente, pedid á Dios en secreto que lo libre de sus faltas, y no le deshonreis con vuestras palabras. He visto también á un hombre que, habiendo cometido un crimen público, hacía penitencia en secreto, y encontré que el que era condenada como incontinente, era considerado por Dios como casto, pues se habia reconciliado con él por medio de una verdadera conversión.

Si quereis vencer al demonio de la maledicencia, no atribuyais el pecado al hombre que lo ha cometido, sino al demonio que lo ha sugerido. El fuego no es ménos contrario al agua, que el juicio temerario al espíritu de penitencia. Cuando veais á un hombre pecador, aún en la misma hora de su muerte, no lo condeneis, pues el juicio de Dios se halla oculto á los hombres.

Ne guardéis consideraciones humanas hacia aquellos que murmuran del prójimo, ántes bién, decidles : Dejad, hermano mio, de hablar mal de esta persona : ¿ como podré condenarla yo, que todos los dias caigo en faltas mucho mayores ? De esta manera hareis dos bienes, el de vuestra propia curación y el de la de vuestro hermano.

Juzgar al prójimo es usurpar unas atribuciones que sólamamente son propias de Dios, y condenarle es procurarse una muerte funesta. Así como un vendimiador entendido no corta las raices verdes, sino las secas, así el hombre prudente no mira más que las virtudes de los demás ; miéntras que el insensato murmurador no fija su atención más que en sus defectos. No condeneis, por último, á vuestro prójimo, ni aún con el testimonio de vuestros propios ojos, porque estos con frecuencia se engañan.

2º Hablando del silencio en el grado undécimo, dice : « La intemperancia de la lengua es como el trono de la

vana gloria : constituye el carácter distintivo de los ignorantes, y la antesala de la maledicencia. Es la madre de la burla, la hacedora de la mentira, la ruina de la compunción, la disipación de la meditación, la destructora de la vigilancia sobre sí mismo, el resfriamiento del fervor, y el oscurecimiento de la luz que la oración produce en el espíritu.

El silencio, por el contrario, acompañado de la prudencia y de la sabiduría, es el padre de la oración, la conservación del fuego divino que debe abrazarla, el amigo de las lágrimas saludables, el enemigo de la confianza presuntuosa, el progreso continuado en la virtud, y una elevación secreta del alma á Dios. El que conoce verdaderamente sus faltas reprime su lengua ; miéntras que el que habla demasiado no se conoce como debe.

El que es amigo del silencio se acerca á Dios : entra de una manera misteriosa en una familiaridad santa con él, y se halla ilustrado con sus divinas luces. El silencio del Hijo de Dios impuso respeto al mismo Pilatos, y el silencio de un hombre piadoso le libra de las tentaciones de la vana gloria.

El que ama la soledad ama el silencio, y el que es aficionado á salir de ella, se vé como impulsado á dejar su celda por la comezón de hablar. Cuando se siente el olor de los perfumes que el fuego celestial produce en el alma, se huye de la conversación de los hombres, como las abejas huyen del humo. Difícil es detener el curso de las aguas, si no se les opone un dique, y más difícil es aún contener la difusión de la lengua, si no hay un freno que la sujete.

3º Contra la mentira, de que habla en el grado décimo segundo, dice : Un hombre verdaderamente sabio no considera la mentira como una falta de poca importancia ; pues no hay un vicio contra el cual haya fulminado el Espí-

ritu Santo una sentencia tan terrible en las sagradas Escrituras. La hipocresía es la madre de la mentira, y frecuentemente es su objeto y materia.

Hay muchos que mienten solo por el placer de mentir : otros lo hacen por satisfacer una pasión ; otros por hacer reír, y otros por dañar al prójimo. Los jueces ahogan la mentira en la boca de los criminales por medio de los tormentos, pero los penitentes la ahogan en sus corazones por medio de la compunción. El mentiroso se excusa algunas veces, diciendo que miente por hacer un bien, y no vé que toma por una acción justa, lo que es motivo de perdición para su alma.

GRADOS XIII, XIV Y XV

En estos tres grados trata san Juan Clímaco de la pereza, de la gula y de la castidad.

1º Acerca de la pereza dice, que es una relajación del alma, un disgusto de las cosas espirituales y una aversión á la vida religiosa que se profesa : que vuelve al alma lánguida en el canto de los salmos, soñolienta en la oración, y le hace preferir el trabajo corporal á los ejercicios espirituales. Cuando nos dedicamos al oficio divino ó á la oración, nos trae el recuerdo de algunos negocios puramente necesarios, y por más que se halle destituida de todo fundamento, busca razones especiosas para ver de sacarnos de esta santa ocupación.

Cada vicio destruye la virtud que le es opuesta, pero la pereza es la muerte general de todas las virtudes en un religioso. Este enemigo no nos ataca, sino cuando llega la hora de cantar los salmos, y estando pesados nuestros ojos durante el oficio, se abren tan luego como éste termina.

Si observais atentamente, notareis que la pereza tienta á

los que están de pié, inspirándoles que se sienten : á los que están sentados, moviéndoles á que se apoyen sobre la pared, á mirar por las ventanas de la celda, y á hacer ruido con los pies. El que tiene el espíritu de verdadera compunción no se vé acometido por esta enfermedad.

La pereza procede unas veces de la insensibilidad del alma, otras del olvido de los bienes celestiales, y otras del exceso de trabajo corporal. Sus hijos y compañeros son la inconstancia, el desprecio de los consejos del padre espiritual, el olvido del juicio de Dios, y algunas veces la deserción del estado religioso. Los remedios contra ella son el canto de los salmos, el trabajo manual, la meditación de la muerte, y sobre todo, la meditación y el deseo de los bienes celestiales.

2º Dice de la gula que es la madre de la incontinencia, de la misma manera que la mortificación y el ayuno lo son de la castidad. El que halaga á un león logra amansarlo, pero el que halaga al cuerpo lo hace más cruel y feroz.

Dominad, pues, vuestro apetito, ántes que él os domine, y para que no llegueis un dia á la vergonzosa necesidad de hacer grandes esfuerzos para libraros de su tiranía. La inteligencia del que ayuna está siempre llena de buenos pensamientos ; mientras que no los produce sino malos la del intemperante.

Si en vuestra santa profesión prometisteis á Jesucristo marchar por el camino estrecho del Evangelio, reprimid vuestro apetito por medio de la templanza : pues si tratais bien á vuestro cuerpo, violais vuestra promesa.

Los efectos de la destemplanza son casi innumerables, como las arenas del mar. Es la madre de la pereza, de las vanas palabras, del libertinaje, de la desobediencia, de las discordias y de la murmuración. Produce la inconstancia, la insensibilidad, el embotamiento de la inteli-

gencia, la presunción, el amor del mundo, y como es consiguiente, la impureza. Los remedios contra ella son el ayuno, la contrición, el recuerdo de la muerte, y la oración.

3º En el grado décimo quinto hace el elogio de la castidad en estos términos. Es una participación de la naturaleza angélica : prepara una habitación digna de Jesucristo : es el escudo del corazón, un cielo terreno, una renuncia que se hace de la naturaleza por un movimiento sobrenatural, y un maravilloso combate de emulación entre nuestro cuerpo mortal y corruptible y los espíritus celestiales que no tienen cuerpo.

Hay tres clases de personas que combaten contra el vicio contrario á esta virtud. Unos lo encadenan con los combates de la vida religiosa, que son los trabajos de las penitencias corporales, otros con la humildad, y otros con la infusión secreta de una luz divina. Los primeros se asemejan á una estrella en medio del dia : los segundos á la luna en su plenitud, y los terceros al sol en todo su esplendor. Todos, sin embargo, tienen su conversación en el cielo.

Desconfiad siempre de vos mismo : no confiéis en vuestros ayunos : no pretendáis oponer á la fuerza de la tentación la fuerza de la razón, porque combatiréis en vano ; por el contrario, presentad á Dios vuestra debilidad, reconociendo humildemente vuestra impotencia, y os concederá el don precioso de la castidad. Cuando dan alguna caída los que comienzan en el servicio de Dios, es porque se han dejado llevar de la gula. Las caídas de los que se hallan más avanzados en la virtud proceden de la vanidad, así como si los perfectos caen alguna vez, es porque juzgan y condenan con demasiada facilidad á su prójimo.

La castidad es una virtud austera. El vicio opuesto es algunas veces compasivo, caritativo con los pobres, y excita fácilmente al llanto. Es preciso desconfiar de esta ter-

nura. Cuando tenemos que conversar con el mundo por algún asunto necesario, ó que nos impone la obediencia, nos hallamos protegidos por la mano de Dios. Pero guardémonos de los ardides del demonio, que muchas veces parece suspender la tentación, y excitarnos á sentimientos de piedad para tentarnos más astutamente. Otras veces aprovecha la ocasión de que se hable con mujeres sobre cosas de piedad, como la consideracion de la muerte, del juicio, y hasta de las excelencias de la pureza ; pero esta falsa piedad hace que el religioso se vaya convirtiendo en mundano : que decaiga del fervor de su espíritu, y que de pastor celoso de las almas se trueque en lobo cruel y mortífero. Huyamos de este peligro : guardemos nuestro corazón y nuestra lengua, y no vayamos en busca de lo que hemos abandonado, si no queremos ser víctimas de nuestro presunción.

Hay una grande diferencia entre el primer movimiento del alma que se siente impresionada por cualquier objeto, entre la reflexión fija y detenida sobre el mismo objeto, y entre el consentimiento que presta al pecado, á que le arrastra este objeto. El primer movimiento nada tiene de pecaminoso : el segundo lo es en algunas ocasiones, y el tercero, ó sea el consentimiento, lo es más ó ménos según el estado y la disposición del espíritu que lo presta, según que haya opuesto más ó ménos resistencia.

Nada hay que sea tan favorable á los movimientos de la concupiscencia, como los que siguen á las impresiones de la vana gloria. Huid de ese enemigo, que, despues de haberos hecho ofender á Dios, pone obstáculos á que le pidáis perdón, y á que hagáis penitencia. ¿ Quién es el que vence su cuerpo ? sólomente el que tiene un corazón contrito y humillado. Y ¿ quién tiene este corazón ? el que ha renunciado á su propia voluntad.

GRADOS XVI, XVII, XVIII, XIX Y XX

Estos grados versan sobre la pobreza voluntaria, sobre la insensibilidad, sobre el sueño en la oración, las vigili-
as y el temor afeminado.

1º En orden á la pobreza, dice, que la avaricia es una verdadera idolatría é hija de la infidelidad: que el que ha vencido esta tentación ha cortado de raíz los movimientos desordenados del espíritu, y que el que es esclavo de ella jamás podrá ofrecer á Dios oraciones que le sean agradables. Dice además que la pobreza voluntaria es un viaje, en el cual, para ir más ligeramete al cielo, se descarga el alma de todo lo que puede impedirselo, y destierra todo temor. El verdadero pobre es señor de todo el mundo. Cuando una vez se han gustado los bienes del cielo, no pueden ménos de disgustar los de la tierra. No debemos aparecer más desconfiados de la divina Providencia que los pájaros, que no se inquietan por lo presente, ni atesoran para lo porvenir.

Sólo es grande en la presencia del Señor el que, por hacerse rico en virtud, renuncia á los bienes del mundo, y aquel es verdaderamente santo, que, por hacerse pobre de espíritu, renuncia á su propia voluntad.

2º En el grado décimo sexto habla de la insensibilidad del corazón, es decir, de una especie de languidez interior, en cuya virtud un religioso que conoce sus deberes, léjos de cumplirlos, los mira con hastío é indiferencia, y aún cuando algunas veces se lamenta de su miserable estado, continua, no obstante, violándoles. Llama también á esta insensibilidad una parálisis del alma, que le quita todo gusto por la piedad, una negligencia que, con el trascurso del tiempo, se ha hecho como natural, un en-

torpecimiento del espíritu, una traba que sujeta nuestros pies, un lazo, en fin, que se nos tiende.

El insensible es un filósofo insensato que, al mismo tiempo que instruye á los demás, pronuncia su propia sentencia. Habla á los demás de las llagas del alma, y envenena las suyas. Pide á Dios que le libre de la servidumbre de la culpa, y en seguida cae en ella. La insensibilidad dice: hago mal, y continua, sin embargo, haciendo lo malo. Pronuncia elocuentes discursos acerca de la muerte y de la eternidad, y vive como si nunca tuviera que morir; predica la abstinencia, pero siempre va buscando los más exquisitos alimentos. Alaba las vigili-
as, la oración, la obediencia, y el desprendimiento; pero no practica ninguna de estas virtudes. Despierta algunas veces de su letargo y lanza algunos suspiros; pero sacudiendo la cabeza, vuelve á caer en su sueño. Nada excita las lágrimas de los que se hallan en este triste estado: son duros y llenos de tinieblas en la oración: no tienen sentimientos de piedad para la sagrada Encaristia, y reciben este don del cielo, cual si fuese un pan ordinario. Se mofan de los que dan señales de compunción, y por último, esta insensibilidad es la madre de la risa insensata, el alimento del sueño, y la envidia de la mesa espléndida. Ninguna amonestación la conmueve: su piedad es falsa, y da muerte á todas las virtudes que se han adquirido con el fervor del espíritu y con las austeridades corporales.

3º. En el grado décimo octavo habla san Juan Chrisóstomo del sueño y de la oración. Por lo que al sueño se refiere, dice que es necesario que el religioso se acostumbre desde el principio á combatirlo, y hablando despues de la oración señala los diferentes artificios de que se valen los demonios, ya para impedir el que se haga, ó ya para hacernos tibios y disipados.

Si fijamos nuestra atención, dice, observaremos que,

cuando al sonido de la campana, que es como una trompeta espiritual, se levantan los religiosos y se congregan para el oficio de la noche, se congregan también invisiblemente los enemigos invisibles. Unos se esfuerzan, tan luego como hemos despertado, y nos hacen dulce violencia para que nos acostemos nuevamente, persuadiéndonos que podemos quedarnos en el lecho, hasta que hayan terminado las oraciones é himnos que preceden al canto de los salmos, y que es todavía muy temprano para ir á la iglesia. Otros nos inspiran que salgamos de ella por un motivo aparentemente razonable. Otros nos mueven á hablar en ella : otros á que nos apoyemos en la pared, y otros á que hostecemos y riamos con el fin de irritar á Dios con nuestra inmodestia. Unos nos excitan á indevoción, para que pronuncieamos muy ligeramente los versículos, y á que lo hagamos con demasiada y negligente pausa : otros, por último, nos cercan de tal modo, que nos tienen cerrada la boca, y hacen que nos cueste mucho trabajo el abrirla.

Pero el que considera con vivo sentimiento de su corazón, que está en la presencia de Dios durante la oración, permanece cual firme columna, sin que le engañen los demonios con ninguna de estas ilusiones. Es muy contrario al respeto que se debe á Dios el pensar durante la oración en cosas inútiles é impropias. Así es que es preciso regular el tiempo que ha de emplearse en ella y en el trabajo, pues así lo ordenó expresamente el ángel en tiempo del gran san Antonio.

4° Como las vigiliass eran una de las principales ocupaciones de los solitarios, nos enseña san Juan Clímaco en el grado décimo noveno de su *Escala santa* los ejercicios que practicaban durante el silencio de la noche. Unos, dice, dirigen á Dios sus votos y súplicas, teniendo sus manos elevadas hacia el cielo : otros permanecen de pié ante la Majestad divina, cantando salmos é himnos : otros se de-

dican á leer las sagradas Escrituras : otros combaten el sueño con el trabajo manual á con la meditación de la muerte. Dios aceptaba los homenajes de todos ellos, y los recompensaba según el fervor y la piedad de cada uno.

Los exhorta vivamente á que practiquen estos ejercicios, y condena á los que se abandonan á un sueño excesivo : pues el ojo corporal que vela, dice, purifica el del alma, y un sueño prolongado oscurece la luz del espíritu. El solitario que ama á Dios, al oír entonar el oficio, dice lleno de gozo : Anímate, anímate ; miéntras que el perezoso dice con pena : ¡ ay ! ¡ ay !

De las vigiliass corporales pasa san Juan á la vigilancia interior, que recomienda mucho. Así como el mercader, dice, cuenta al cabo del día la ganancia que ha realizado, así el solitario virtuoso examina despues del canto de los salmos el fruto que ha sacado. Velad, pues, atentamente sobre vosotros mismos, y vereis que los demonios, no pudiendo sufrir el que los hayais combatido durante la oración, se esfuerzan á su vez en combatiros, ya procurando que les deis vuestros últimos pensamientos, cuando os vais á acostar, ó los primeros cuando os vais á levantar.

5° Lo que dice san Juan Clímaco en el grado vigésimo acerca del temor afeminado, tiene por objeto fortificar la pusulanimidad de algunos anacoretas, á quienes el demonio turba con vanos temores. Díceles que este temor procede de que no tienen suficiente confianza en Dios, y se apoyan en sus propias fuerzas : pues el que es verdadero siervo de Dios le teme sólamete como á soberano Señor ; miéntras que el que no le teme, teme su propia sombra.

GRADOS XXI, XXII

San Juan Clímaco habla en estos grados de la vana gloria y del orgullo ; más como ya hemos hablado en otro